



Las adolescencias caben en la escuela de la diversidad

Miguel Ángel Valverde Gea
Orientador del Instituto Mar de Poniente de La Línea

La adolescencia es una etapa de transición entre la niñez y la vida adulta en la que los y las jóvenes buscan su identidad personal y que en nuestro país se alarga cada vez más debido a las dificultades para independizarse de sus familias. Esta independencia está relacionada con la obtención de un trabajo estable y con la constitución de una familia. Por consiguiente, estamos hablando de una etapa que comienza alrededor de los 11 o 12 años y finaliza "más allá de los 20". Una parte significativa de esos años, en ocasiones los más turbulentos, la pasan los y las adolescentes en las instituciones educativas y en contacto con otros compañeros y con el profesorado.

No existe una única forma de ser joven. Los y las adolescentes construyen su identidad en relación con los demás y vinculados a un contexto familiar y social. En esta etapa tratan de obtener seguridad y de afirmar su identidad adscribiéndose a grupos que comparten unas características determinadas. Esta situación se manifiesta en la existencia de variados estilos de vida juveniles y en la creación de grupos con diferente contenido simbólico que se expresa en la ropa, en el peinado, en la música,

ca, en los adornos, en el consumo, en la relación con las drogas y, también, en su relación con las demás personas. Por tanto, para comprender este periodo es conveniente conocer las fuerzas que interactúan en dichos contextos.

Actualmente, en nuestros institutos conviven alumnos y alumnas con un origen familiar y social diferente. Por un lado, contamos con dos bases distintas de alumnado: una, procedente de la clase media (profesionales liberales, profesorado, empleados/as de banca, trabajadores/as especializados); otra, de clase obrera poco o nada cualificada y un sustrato de población que vive en condiciones de marginalidad y de exclusión social. No obstante, los resultados académicos de los y las adolescentes en este nivel educativo no van a depender solo de la clase social a la que pertenecen, sino de otros aspectos relacionados con la cultura familiar: expectativas respecto a los estudios, existencia de límites en su educación, control sobre sus actividades y sobre sus vidas.

Sobre esta base social y familiar, se configuran distintas subculturas juveniles que manifiestan y consolidan su identidad en el contexto escolar. A través de ellas, los y las adolescentes organizan la transición a la vida adulta. Las actitudes y los valores de los diferentes grupos juveniles van a resultar relevantes en relación con el proceso de acumulación de capital cultural que se produce en la escuela. La aceptación o el rechazo del sistema de valores y normas de los centros educativos influirá en el aprovechamiento de las oportunidades que los estudios proporcionan a la juventud para contar con una vida y un empleo mejor en el futuro.

Los interesantes estudios efectuados por P. Willis y por R. Feito sobre los estudiantes no académicos y su transición al mundo del trabajo, junto con la observación y el contacto diario con los jóvenes en el instituto, nos lleva a formular las siguientes categorías de estudio de las subculturas juveniles que se articulan en el contexto escolar:

Anti-escuela: Alumnos y, de forma creciente, también alumnas que suelen denominarse "mafia" entre ellos, o acostumbran a ser calificados por los demás como "bajunos" o "colegas". Con el profesorado se muestran desafiantes, desobedientes y, en ocasiones, violentos. Respecto al centro, participan en actividades de sabotaje y vandalismo. Con sus compañeros suelen adoptar actitudes chulescas e intimidatorias, haciéndoles objeto de bromas pesadas, empujones, insultos... Suelen ir en grupo y están de "cachondeo" permanentemente. Se desenvuelven por el instituto con facilidad, escapándose de clase o logrando que se les deje salir al servicio o se los expulse del aula.

Su ambiente familiar es muy permisivo o negligente. Cuando se produce un conflicto en el instituto, suelen contar con la complicidad y la justificación de sus padres. Son chicos y chicas de la "calle". Nadie les ayuda a organizar su vida cotidiana y ellos deciden lo que quieren hacer y a dónde ir en los periodos de tiempo en que no están en el instituto. Salen de casa después de comer y no vuelven hasta la hora de dormir. Mientras tanto, están en la calle con otras amistades de la misma "cuerda" en algunos de nuestros barrios populares y suburbios. Presentan conductas de riesgo relacionadas con el consumo de drogas y con las relaciones sexuales. En su universo simbólico, acostumbran a ir cargados de "oro" (pendientes, argollas, cadenas...), lucen tatuajes, llevan "piercings", se cortan el pelo a cepillo o tipo "boina verde" o se lo tintan como si fueran pollos o tigres.

Existe una conexión entre las características de este grupo y su origen familiar y social. Suelen pertenecer a familias obreras sin control sobre las vidas de sus hijos, debido a múltiples circunstancias (trabajo precario de ambos cónyuges, madres solteras pluriempleadas, divorcios mal llevados, padre o madre ausente que hace recaer su custodia en los abuelos, etc.) o a familias que no aprecian el valor de las normas y de las leyes porque están acostumbradas a trans-

gredirlas con sus "actividades laborales" ilícitas. El nivel cultural de la familia es muy bajo, ya que los padres no completaron los estudios primarios. Presentan conductas consumistas en exceso y suelen disponer de todo tipo de aparatos electrónicos e incluso algunos han conseguido como "recompensa" a su trayectoria escolar y a sus promesas "incumplidas" la tan reclamada "moto". Los padres entran en estos chantajes con facilidad pues, a veces, desean creerse lo que les prometen sus hijos/as, aunque no estén muy convencidos de ello en el fondo.

Objetores escolares: Alumnos y alumnas que presentan también un rechazo hacia la institución escolar, pero a diferencia de los anteriores, lo manifiestan de dos maneras: una, de forma pasiva sin poner en evidencia la autoridad del profesorado y, dos, a través de su abandono prematuro del instituto. Este alumnado no constituye por sí mismo un grupo autónomamente establecido y medianamente organizado, como en el caso de los anti-escuela. El universo simbólico y "cultural" de esta categoría es similar al de los anti-escuela y la mayoría pertenece a familias de clase obrera, aunque también se pueden encontrar individuos de clase media con escaso control familiar.

Los primeros, se caracterizan por su "pasotismo" y su aburrimiento, pero esta falta de integración no se transforma en comportamientos muy disruptivos o violentos. Están físicamente presentes en el instituto, pero mentalmente ausentes. No consiguen dedicar el esfuerzo necesario

para llevar adecuadamente sus estudios o ven tan inalcanzable la posibilidad de la titulación que responden así ante la inseguridad y la frustración por la falta de éxito escolar arrastrado durante años. Entre los llamados



"objetores", hay alumnas y alumnos inquietos, pero que son capaces de reconocer los límites establecidos en el instituto y se cuidan de no sobrepasarlos; y otros, los menos, pasivos, que se mimetizan con el mobiliario y los equipos educativos no se percatan a veces de su aburrida existencia. Sus familias se consideran vencidas por la inercia de su falta de estímulo y de motivación por el estudio. Este alumnado se desenganchó de la dinámica escolar en los últimos cursos de la Primaria y arrastra su desgan y su aburrimiento durante la Secundaria hasta que abandona el instituto.

Los segundos, "desertores escolares" o absentistas, suelen ser, en los niveles iniciales de la ESO, chicas y chicos sobreprotegidos por unas familias que se hacen cómplices de su desertión. Estas prefieren mantenerlos en casa por miedo al instituto, para utilizarlos en las tareas del hogar o en el cuidado de hermanos más pequeños; o para hacerles compañía; o porque no se atreven a frustrarlos y oponerse a sus deseos. En los niveles de segundo y tercero de la ESO, se convierte en absentista parte del alumnado anti-escuela como consecuencia final del tira y afloja que mantienen con la institución que los excluye periódicamente de su entorno. En estos casos, es de lamentar que su paso por la secundaria solo sirva para agudizar su rechazo a las normas, a la autoridad y al conocimiento académico.

Integrados: Alumnado que presenta cierto grado de compromiso con la institución escolar y acepta el sistema de valores y de normas del sistema educativo como algo importante para su futuro. En esta categoría juvenil, encontramos diversos grados de adhesión a los objetivos de la escuela: quienes persiguen el éxito por o de la consecución de unas calificaciones excelentes, los llamados "empollones", mientras otros "van tirando" aunque son conscientes también del valor que tiene aprovechar su paso por el sistema educativo para la acumulación de capital cultural y para el proceso de estratificación social.

Suelen proceder de familias de clase media o trabajadora consistentes, conscientes del valor que los estudios tienen para la promoción social de sus hijos e hijas y con un considerable control sobre sus vidas a estas edades. La vida cotidiana de estos adolescentes está bastante organizada por medio de numerosas actividades complementarias (clases de idiomas, de música, de informática o actividades deportivas). No son jóvenes de "calle", tienen horarios establecidos y normas claras.

No existe un universo simbólico uniforme para este colectivo, que no está aglutinado en sí mismo, sino que existe más como una categoría de estudio que como otra cosa. Acostumbran a ser más discretos que el alumnado anti-escuela en sus manifestaciones externas, aunque en esta amalgama de jóvenes encontramos diferentes manifestaciones de las denominadas "tribus urbanas" que identifican a muchos adolescentes de clase obrera y media junto con otros no identificados externamente con ninguna subcultura juvenil.

Todas las adolescencias caben en la escuela de la diversidad

La escuela de la diversidad es la escuela de la convivencia. El reto de quienes formamos parte del sistema educativo es hacer posible que chicos y chicas de diferente procedencia familiar y social puedan convivir y aprender



en una misma institución escolar. Si somos capaces de conseguirlo estaremos construyendo una sociedad más cohesionada y tolerante. Sin embargo, es conveniente que nos planteemos por qué algunos/as adolescentes rechazan los valores de la escuela con objeto de encontrar una explicación útil para afrontar esta situación. Algunas razones pueden ser las siguientes:

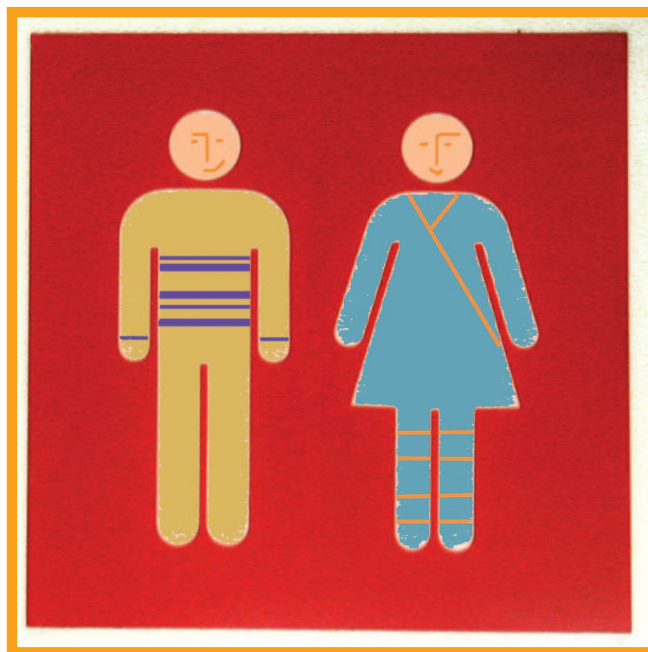
- La contradicción evidente que existe entre el sistema de valores de la escuela y el de su medio familiar y social de procedencia, que hace que parezca imposible llegar a un punto de entendimiento, especialmente cuando las familias no colaboran con la escuela.

- El escaso interés que para la mayoría de este alumnado tienen muchos de los conocimientos escolares, pues están formulados en un lenguaje extraño para ellos, en exceso academicista y no les resultan funcionales. El resultado es el aburrimiento y la frustración.

- El inevitable rechazo inducido por la propia institución. La corrección reiterada de los comportamientos disruptivos y las medidas disciplinarias empleadas producen como reacción en el alumnado anti-escuela una mayor agresividad y oposición contra la institución escolar. Esto produce un incremento del rechazo de los valores escolares y de la violencia contra el profesorado y contra el instituto.

- Los problemas derivados de la obligación de permanecer en el instituto durante cuatro años para algunos alumnos no académicos, sin expectativas de estudio y con riesgo de abandono escolar. Estos requieren un currículum flexible con clara orientación profesional para continuar escolarizados. Sin embargo, en el modelo vigente no tenemos posibilidad de articular una

respuesta adecuada y seria para este tipo de alumnado. La construcción de una escuela para todas las adolescencias necesita a nuestro entender de una serie de requisitos básicos, algunos de los cuales pasamos a enumerar:



- Necesidad de redefinir el papel del profesorado en las nuevas relaciones que se establecen con el alumnado en el marco de la escuela obligatoria. Para enseñar en la secundaria obligatoria se necesita un conocimiento psicopedagógico suplementario al conocimiento relacionado con la asignatura.

- Proporcionar a los centros recursos humanos adicionales para que puedan dar respuestas propias a la

variedad de adolescentes: profesorado de apoyo para desdobles y programas específicos, más tiempo para la tutoría individual, nuevas figuras como la del trabajador y la del educador social que permita una proyección hacia las familias y hacia el entorno del trabajo escolar.

- El compromiso de los centros con la diversidad y acometer la elaboración, para conseguir los objetivos educativos que el sistema establece para el periodo obligatorio, de proyectos realistas que respondan a las necesidades de su entorno.

- Evitar la concentración en algunos centros, por norma públicos, del alumnado "diferente": con necesidades educativas especiales, procedente de ambientes socio-culturales desfavorecidos, con trastornos graves de conducta. La creación de guetos significa la estigmatización de esos institutos de los que se acabará yendo el alumnado con más expectativas.

- Por último, y como algo primordial, el planteamiento político y social comprometido con la mejora de las condiciones de vida de una parte importante de nuestra ciudadanía que vive en los márgenes del sistema.